

España  
del desastre político  
a la utopía

Julio Barceno

**SEKOTIA**  
EDITORIAL

# Índice

## PRIMERA PARTE: LA DENUNCIA

Preámbulo .....	7
La denuncia del desastre .....	11
¿Malos políticos o malos ciudadanos? .....	31
Los partidos políticos y el Estado .....	35
La mala conducta política .....	47
¿Pueblo soberano? .....	57
Izquierda, derecha y los otros .....	65
La oposición .....	89
La falacia de las elecciones .....	95
El libertinaje de la expresión .....	101

## SEGUNDA PARTE: UTOPIÁS

Las utopías posibles .....	109
La educación del pueblo .....	117
Temas de la educación .....	131
El acceso a las estructuras del Estado .....	141
Elecciones democráticas .....	145
El núcleo de Estado .....	153
Campañas electorales .....	165
Tribunal Constitucional .....	171
Comunidades y ayuntamientos técnicos .....	175
Autonomías y Cámara Autónoma .....	183
Censura .....	189
Justicia .....	201
Las drogas .....	209
El Magisterio Mundial Político. La ONU .....	217
Tras la pandemia, recuperación y democracia .....	229

Primera parte

# La denuncia

## Preámbulo

Conviene decir desde el principio de un escrito qué se pretende con él. En este caso se denuncia el pésimo estado de la política en España y en casi todo el mundo. Además de tal denuncia y sus razones, se expondrán luego ideas para conseguir reformas y mejoras en favor de una política correcta. Lo ideal sería llegar a la perfección. Por supuesto, todo esto en una versión personal que solo intenta dar ideas.

En este libro se presentan las dos caras clásicas, el mal y el bien de la política. El mal viene dado en forma de la denuncia de la realidad: el mundo va muy mal a causa de sus políticas y de los políticos de muy baja calidad, en su mayoría. Va camino del deterioro progresivo que no sabemos en qué forma continuará y terminará.

La política de España ha venido deteriorándose desde la transición, poco a poco, de forma progresiva e imparable. En los años 2019-20 es caótica, irracional, absurda, ridícula, grotesca, falsa, destructiva, incluso ilegal... No hay suficientes palabras para definirla. Es una verdadera catástrofe de consecuencias imprevisibles. Esto no lo esperaban los españoles al votar masivamente su Constitución el año 1978. En 41 años, en vez de aprender, se ha ido retrocediendo. No ha sido una

democracia, como muchos dicen, positiva y de progreso, sino negativa y de retrocesos, no en todo, pero sí en lo político y en lo social. Así se refleja en la primera parte de este libro.

Aquí se demuestra, paso a paso, que España vive bajo una falsa democracia mantenida por los políticos a lo largo de los años, y con el abuso de la ignorancia y la manipulación de la mayor parte de los ciudadanos. El deterioro ha ido en aumento hasta llegar a esta legislatura en la que las bases más esenciales de la democracia y de la Constitución han sido burladas de manera abierta. Esto no es una democracia y debe ser corregido.

Por eso, la segunda parte de este libro está dedicada a exponer ideas, más posibles que utópicas, según se miren, para la mejora de la política, con intención de llegar a la perfección democrática, porque puestos a pedir, ¿por qué no la perfección? Aunque algunos consideren que lo aquí expuesto son utopías, si se intentan pueden llevar la política a cotas próximas a la perfección. Cuando se quiere, se puede. No se piden imposibles, solamente hacer las cosas bien.

Como adelanto, se informa que hay propuestas referentes a la máxima autoridad de la nación junto al Rey mediante un órgano al que se denomina Núcleo de Estado. Se propone una educación cívica y social para el pueblo que iguale los conocimientos de todos los ciudadanos sin distinción de clase y condición. Se sugieren mejoras en la construcción de las estructuras del Estado y en la selección de los partidos políticos y de sus miembros. Se modifican los debates sobre el estado de la nación. Se ofrecen las formas verdaderamente democráticas de hacer las campañas electorales y de elegir a los representantes del pueblo con listas elaboradas por el mismo pueblo. Se proponen cambios en las autonomías y los ayuntamientos para su gestión integral y con su consiguiente despolitización. La creación de una Cámara Autonómica, la supresión del actual Tribunal Constitucional, reformas esenciales en la Justicia, determinar el verdadero sentido de la libertad de expresión y la consiguiente censura. También se habla de las drogas. Y se

propone la creación y el modo de hacerlo, de un gobierno de transición apolítico pero eficaz para sacar a España de la crisis causada por la pandemia y por la mala política. Todo esto en el ámbito nacional español. Pero hay también sugerencias de mejoras relativas a la creación de un Magisterio Político Mundial y de reformas sustanciales en las Naciones Unidas. Todo esto, buscando la perfección.

Toda obra de ensayo, como esta, es opinable por los lectores. Se exponen ideas que pueden ser aceptadas y rechazadas, pero al menos deben ser conocidas porque seguramente se encuentre algo que merezca la pena haber leído. La intención de este trabajo es clara: la mejora del hombre, de España y del mundo. Puede que las ideas aquí expuestas sean juzgadas como ilusorias, pero merece la pena que sean consideradas seriamente porque pueden ser absolutamente necesarias.

Si lo que aquí se expone, incluso en una mínima parte, fuese escrito y presentado por un famoso o por un destacado político, los medios de comunicación se saturarían de comentarios de unos y otros porque dedicarían a ello mucho tiempo, páginas y tertulias. Pero si lo dice un desconocido... Es otro de los defectos de esta sociedad en la que muchos valoran las cosas solo por las etiquetas, las firmas o los focos.

## La denuncia del desastre

La realidad es abrumadora. Ahora, las políticas de la mayoría de las naciones son desastrosas. La causa casi generalizada está en la mala calidad de las personas que llegan a los más altos puestos de la política en casi todas las naciones del mundo. La segunda causa, consecuencia de la primera, es que al igual que de tal palo tales astillas, los malos políticos provocan la creación de malos ciudadanos en sus facetas políticas, sociales y culturales. Y la tercera, como lógica consecuencia de las anteriores, es que los ciudadanos mal educados, deformados y manipulados por sus políticos, ya no perciben que están sujetos a una mala política o están resignados a ella, y vuelven a elegir o aceptar a los mismos o a otros malos políticos que mantienen y empeoran más el círculo vicioso. Y en muchos casos, cada vez más, los ciudadanos que saben de la mala calidad de sus políticos, al no tener opciones deseables se conforman con la triste opción de votar a los menos malos para que no ganen los peores. En algunas naciones, los políticos llegan a tales estados de perversión que sus mismos ciudadanos los rechazan con violencia. Este proceso degenerativo se agrava de año en año,

amenazando, no ya solo la mejora del mundo, sino su futuro como hábitat del *homo sapiens*. El planeta Tierra está en peligro después de más de cuarenta siglos de “civilización”.

Es así de simple por mucho que algunos comentaristas y politólogos traten de ver causas muy técnicas y ocultas para justificar lo que solo son errores de bulto por la torpeza, y en algunos casos por la maldad de los políticos. Cuando se habla mal de la política de las naciones, tienden algunos a situar las ideas y pensamientos de sus causas en altos niveles de intelectualidad. Y así debería ser, pues la política es una de las dedicaciones y profesiones de más alta calidad y responsabilidad, que exige profundas cualidades y virtudes de las personas que la practican. Pero la realidad es decepcionante; las malas políticas lo son a causa de los malos políticos por sus bajísimos niveles intelectuales y morales que dejan traslucir la deformación de sus ideas y criterios, sus ambiciones, personalismos, machismos y tozudez, pero sobre todo sus diferentes grados y formas de soberbia. Cargados con estas lacras, no gobiernan con juicio y razón sino con astucias, ocultaciones, trampas, corrupciones y otros ardidés propios de la gente mal formada. Es así de simple.

Los miles de millones de ciudadanos que pueblan el planeta deben preguntarse por qué llegan a los más altos puestos de la política en muchas naciones del mundo, las personas menos adecuadas. ¿Se lo ha preguntado el lector? ¿Qué se hace mal? ¿Qué falta y qué sobra? Las preguntas son lógicas porque la realidad de las malas políticas es evidente y sangrante.

¿Por qué no hay un rechazo general de las poblaciones del mundo a sus malos líderes? Porque los pueblos no están educados correctamente. Una sociedad de ciudadanos debidamente formados no consentiría la torpeza de sus líderes, pero como arriba se dice, los malos políticos hacen defectuosos a sus pueblos, que al no estar educados, los aguantan y consienten, y lo que es peor, ignoran sus defectos, errores y maldades y hasta las defienden. Los ciudadanos, una vez manipulados y sometidos,

no tienen ya capacidad ni poder de cambiar las estructuras políticas, construidas de maneras tan defectuosas que permiten la escalada al poder de los peores. Si este sistema no se cambia, el mundo está abocado a su fracaso colectivo.

Es un dicho popular, y viene ya de antiguo, que si se quiere que algo salga mal déjese en manos de los políticos. La política ha sido una de las profesiones peor ejercidas en la historia del mundo ya desde los primeros tiempos. Pero lo más doliente es que los que han pagado las consecuencias de tan desastrosa profesión, han sido los miles de millones de seres humanos del planeta que han vivido y sufrido los males causados por sus gestores durante milenios. Pudieron vivir en paz y bienestar y vivieron malamente y hasta murieron en guerras inútiles. Eso ya no tiene arreglo, pero no por eso vamos a dejar de emitir este espantoso pensamiento: ¿Qué pasaría si esos miles de millones de seres humanos, uno a uno y en su conjunto, que vivieron sufriendo a causa de sus políticos, pudieran exigirles cuentas de los males que padecieron por su culpa? Esta idea, imposible ya para los muertos, puede hacerse real para los vivos en su presente y para su futuro. Esto no es provocar una rebelión de las masas hacia sus jefarcas, pero sí su reflexión sobre sus lógicas exigencias hacia ellos.

Un ejemplo de cómo los malos políticos provocan desastres: las dos guerras mundiales del siglo veinte causaron la muerte de casi cien millones de personas, militares y civiles, así como destrucción, pobreza, hambre y sufrimientos. Todo a causa de los malos políticos y de su omnímodo e inmerecido poder. Unos pocos malos políticos fueron los causantes de tanto dolor. Y hace casi noventa años, España perdió miles de vidas en una guerra de hermano contra hermano, y cayó en la ruina a causa de unos pocos y malos políticos. Pero lo malo es que ahora se va por caminos parecidos y por las mismas causas.

Al hablar aquí en términos generales de “política” se hace para toda la amplia gama de gestión, liderazgo o jefatura de los pueblos y sociedades, es decir, que se incluyen caudillos,

dictadores, emperadores, patriarcas, reyes, príncipes, caciques, presidentes, usurpadores y otros posibles.

Una cosa es tropezar más de una vez en la misma piedra, torpeza adjudicada al hombre entre todos los demás seres, y otra es dar patadas a la razón y a la verdad como sistema. Puede que en la gestión política haya habido fallos por ignorancias, más frecuentes por ineptitud, torpeza y estupidez de sus protagonistas, pero no ha faltado la maldad en las intenciones, en los medios y en los fines, movida por la soberbia, las ambiciones de poder y el machismo salvaje de la pelea. Es más, los malos políticos pudieron ser los causantes directos y únicos de la destrucción del mundo.

Los ciudadanos desean la paz, la concordia, la mutua confianza, la seguridad, la vida sostenible en alimento, en salud y en cobijo. Eso como mínimo. Cada persona ama su propia vida y a sus seres cercanos, cónyuge, hijos, padres, hermanos, amigos y vecinos. Hay penas pero también alegrías, trabajos, ilusiones, pesares pero también placeres, y la existencia se vive con intensidad porque tiene un valor extraordinario. Cada vida es un mundo y cada día un episodio que cada persona valora en mucho, porque es su vida y las de sus seres queridos. Hay apego a lo propio, familia, hogar, trabajo, pueblo, tradiciones... Eso es lo que quieren los seres humanos, vivir su vida con paz, justicia social y seguridad.

Pero ahí está la realidad escrita en la historia. Todo eso se viene abajo cuando el jerarca de un pueblo, por su estupidez, soberbia o ambiciones y mediante una mala política, somete a sus súbditos a una vida de injusticias y sufrimientos, o lo que es peor, cuando los obliga a morir y matar en guerras innecesarias. ¿Por qué la humanidad no ha corregido este error ancestral ni lo hace actualmente?

Sabemos que la perfección total es muy difícil en las obras humanas, pero entre la torpeza y la perfección hay una amplia escala. Y la torpeza o la maldad pueden llegar a límites extremos. Como más arriba se dice, políticos han podido ser

los causantes directos de la destrucción casi total del planeta Tierra por un exterminio global a causa de la energía nuclear manejada por el homo sapiens. Es historia. Hace solo unas décadas había miles de misiles con cabezas nucleares dispuestos para ser lanzados en aquel espantoso conflicto entre dos grandes partes del mundo, la URSS con el Pacto de Varsovia por un lado y Occidente con la OTAN por el otro. Era la horrible y absurda guerra fría. Y también se ha dicho que hubo varios momentos en que los botones rojos que darían paso al comienzo del fin, estuvieron a punto de ser pulsados desde tierra, mar y aire. ¿Razones? Solo existían en las mentes de algunos políticos. No había causas objetivas ni que pudiesen entender ni admitir los miles de millones de seres humanos que estaban a uno y otro lado, sometidos con total impotencia a tal riesgo extremo. ¿Miles de millones de ciudadanos amenazados por una guerra de exterminio casi total? ¿Por qué? ¿Solo porque había unos pocos jerarcas que jugaban a sus poderes y a sus guerras? ¿Por qué no lo impedimos si se trataba de nuestras vidas, las vidas de todo el mundo?

¿Deseaban el pueblo ruso y los de sus países aliados destruir al pueblo americano y al europeo? ¿Querían los hombres, las mujeres y los niños americanos y europeos matar a los millones de mujeres, hombres y niños de la Unión Soviética? ¿Eran acaso enemigos enconados si ni siquiera se conocían? ¿Tan grandes eran las razones de su odio como para matarse mutuamente y dejar el planeta casi destruido? ¿No eran tan humanos los unos como los otros? ¿Qué razones había para llevar al mundo al peor exterminio que podría sufrir el planeta Tierra?

La humanidad entera estuvo sometida a tal amenaza solo porque hubo unos pocos políticos ¡unos pocos!, con ideas “personales” de cómo hacer la gestión del mundo, tomando como causas y medidas su narcisismo y su poder de destrucción. Solo unos pocos hombres podían decidir la vida o la muerte de todos los demás. No busquemos razones de peso, no las había. Fue solo la perversa e inmensa soberbia de unos pocos que se

creyeron dioses del poder. ¿Era aceptable? ¡En absoluto! Pero lo aceptamos entonces y casi lo seguimos aceptando ahora, porque nos han dejado impotentes para evitarlo, y porque aún sigue, aunque esté soterrada, la amenaza de una guerra mundial. Todo esto parece imposible, pero es real.

Estamos en una situación de riesgo permanente porque sigue habiendo políticos que piensan más en su persona y en su poder que en favorecer a los hombres del mundo. Y permitimos que este tipo de seres gobiernen las naciones... ¡El poder! ¡La soberbia! Después de tantos siglos de civilización, el hombre comete barbaridades peores que los animales, que solo usan la violencia para proporcionarse la comida, para defender su territorio, para la procreación y para defender su prole. ¡El hombre la usa para atacar al hombre! Sin razones, solo para presumir de poder. Con razón alguien dijo que de las mentes más pequeñas y deformadas salen las mayores maldades. Que esto lo haga un ciudadano contra otro por rencillas personales es malo, es poca cosa para el mundo, pero que lo haga el líder de una nación de millones de seres humanos al ponerla en guerra con otras por su solo capricho y borrachera de poder destructivo, no solo es rechazable sino injustificable e imperdonable. Pero se hace y lo consentimos. ¡Lo consentimos! ¿Por qué?

Hablamos de nuestras “civilizaciones”. Dice el diccionario que “civilización” es *Estadio de progreso material, social, cultural y político propio de las sociedades más avanzadas*. Según esto ¿estamos realmente civilizados? Si la civilización contiene los avances cívicos, culturales y políticos en las sociedades humanas, y por supuesto, su educación, paz y bienestar, ¿cómo conceptualizar el estado de armamentismo brutal y creciente del mundo y la soterrada amenaza de una guerra total?

A pesar de tanto evocar la civilización, no parece haber sido entendido su contenido, como lo demuestra el enorme número de guerras que los hombres han sufrido en su evolución y en todos los continentes. Repase el lector la historia del mundo y verá las muchas guerras habidas, los millones de muertos cau-

sados y las absurdas razones de tales guerras. Y sigue habiendo guerras ahora y persiste el temor a una tercera guerra mundial. ¿Es esto civilización?

En el año 2019 se celebraron actos internacionales para la defensa del clima. Hubo manifestaciones populares en todo el mundo para frenar el daño a la naturaleza, porque nos jugamos nuestra supervivencia en el planeta. Eso fue algo bueno, aunque debió hacerse antes y continuarse sin descanso. Pero en ese mismo año hubo una reunión cumbre de la OTAN para mantener, mejorar y aumentar las armas de sus integrantes por el peligro de una guerra que podría ser global y definitiva. El mundo de occidente se arma, como lo hace el mundo de oriente, porque los unos desconfían de los otros. Esto no es “civilización”.

El admitir que las naciones están permanentemente armadas y dispuestas a la guerra y con miedo a que se produzca, es insoportable e imperdonable, pero no hay manifestaciones populares en contra del armamentismo y el belicismo en todas las naciones como las hay por el deterioro ambiental. Ambas cosas pueden destruir el mundo. La contaminación tiene ciertas disculpas y razones porque se pide tiempo hasta encontrar o establecer nuevas fuentes de energía limpias, pero nadie podría dar razones para justificar una guerra mundial si llegase a producirse. ¿Por qué entonces está el mundo armándose más cada año? ¿Por qué protestamos contra los ataques a la naturaleza y no contra el progreso armamentista y las actitudes prebélicas de algunas naciones? ¿Por qué lo consentimos?

No se conoce en todo el universo un lugar tan extraordinario, maravilloso, fértil y generoso para la vida como el planeta Tierra. Ha sido, es y será nuestro gran hogar si lo tratamos bien. Es un verdadero paraíso, es un prodigio de recursos y un milagro de poder y de bellezas, aunque de vez en cuando nos dañe con sus desastres naturales, tanto físicos como biológicos. Pero por las acciones o por las imperdonables omisiones de muchos políticos, se está destrozando el planeta hasta el punto de sos-

pechar que llegará un momento en que sea hostil o inhabitable. Y para solucionar el problema se prepara la fuga a Marte, eso dicen, donde la vida humana, si llegase a ser posible y solo para unos pocos, sería espantosa comparada con la que disfrutamos aquí y ahora. Parece un absurdo, un cuento infantil o de pura fantasía de ciencia ficción, pero es una verdad tan pavorosa que provoca risa de pena, que causa estupor e indignación. Esto no es “civilización”. La civilización es cuidar lo que tenemos porque además de ser lo mejor, es lo único posible.

A causa del deterioro de la naturaleza alguien ha dicho que puede que el fin del mundo sea en verdad apocalíptico, pero no sería por la acción divina, sino porque el mismo hombre va a provocar su propia destrucción. ¿El hombre? ¿No serán los políticos que gobiernan a los hombres?

Más contradicciones con la “civilización”: El *homo sapiens* actual estudia y trabaja para controlar la mayor parte de las enfermedades en favor de las vidas de los hombres. ¡Magnífico! Combatimos enfermedades y epidemias, hacemos vacunas masivas, trasplantes, cambios genéticos mejorantes, se hacen esfuerzos para evitar la disminución o extinción de especies animales... ¡Bien! Es un acercamiento a la utopía en el tema de la salud y de la vida humana y natural, pero a la vez, el mismo hombre permite el aborto provocado libre, permite el consumo de drogas, y crea ejércitos con armas capaces de destruir el mundo. Son contradicciones inexplicables e injustificables impropias de las “civilizaciones”.

Hay una salvedad con respecto al belicismo, que libera a algunos, no se sabe a cuántos y a quiénes ni en qué grado. Esa liberación consiste en la disculpa de la legítima defensa. Basta que haya un solo político en el mundo, solo uno, fuerte y deformado mentalmente, que se arme o lance amenazas bélicas, para que todos los demás, aunque sean pacifistas al menos en apariencias, se armen hasta los dientes por si al macho con espíritu guerrero le da por empezar a demostrar su mortal poder y su inmensa torpeza. Pero en el mundo puede haber, no

uno sino varios de esos políticos fanfarrones, que aunque tienen mentes infantiles o perturbadas son líderes de naciones. El deseo de las grandes potencias es ser superiores a las posibles enemigas, por si acaso... ¿Enemigas? ¿Por qué enemigas? ¿No somos todos miembros de una misma especie y habitantes del mismo planeta? Pero el deseo de algunos líderes de mentes pequeñas es el dar miedo los demás aparentando o siendo más grandes y poderosos mediante las armas y sus posibles consecuencias destructivas. Esto tampoco es civilización.

El armamentismo crece en proporciones gigantescas. Y hay quienes preguntan si tiene como causa única la legítima defensa, porque sospechan que al ser una de las mayores fuentes de beneficios económicos para algunos, conviene que sea mantenido y aumentado. Entonces, el eliminar el armamentismo y las amenazas de guerras, ¿es un tema político, económico o combinación de ambos? Por eso cabe preguntarse si de verdad se desea acabar con las amenazas de guerras parciales o mundiales. ¿Pueden los políticos, si de verdad son pacifistas, forzar y conseguir que los belicistas dejen de serlo? Si los ciudadanos del mundo, en su mayoría o quizás todos, no queremos las guerras, ¿por qué permitimos que nuestros líderes se preparen para ellas?

Si la mayoría es pacifista, y los belicosos son muy pocos, se supone que la presión de los muchos debería vencer. Así acabarían las amenazas, las guerras y las armas. La teoría de que si quieres la paz debes prepararte para la guerra, parece nacida de quienes prefieren la guerra. Es un argumento muy astuto que también pueden usar los belicosos con apariencias de pacifistas. Para evitar las guerras, en lugar de armarse tanto como se arma el enemigo para infundir respeto y miedo, la solución es forzar al que se ha erigido como enemigo a que deje de serlo y abandone las armas.

Hágase una encuesta a los habitantes de todas las naciones para determinar si prefieren seguir como hasta ahora en el campo del armamentismo y los ejércitos, o si por el contrario

prefieren alejarse de tales planes y obligar a los pocos belicistas a que dejen de serlo. Sabemos que ciertas naciones no lo harían... ¿Y cuál sería el resultado si llegase a hacerse tal consulta? No preguntemos a los líderes sino a los ciudadanos. Si se supone que la mayor parte de los hombres y las mujeres del mundo o quizás todos, prefieren que desaparezcan las armas y domine la paz, ¿por qué no se hace? ¿Por qué prevalece el deseo armamentista de unos pocos jefes en contra de lo que quieren miles de millones de "personas" pacifistas?

Así que la pregunta clave es: ¿Se ha intentado esto con verdaderas intenciones y con todas las fuerzas posibles alguna vez? Hace falta repetir esta pregunta con énfasis y gritando porque se duda: ¿¿¿¿¿Se ha intentado con verdaderas intenciones pacifistas el desarme mundial y real para la paz!!!????

Como consecuencia de esta disparatada situación, los gastos económicos para sostener los ejércitos y para pagar, investigar y producir armas, son gigantescos. ¿Cuánto dinero del presupuesto de cada nación va a las armas y a los ejércitos? ¿Cuántas cosas buenas se podrían hacer para las sociedades si todo ese dinero se dedicase a salud, cultura, alimentos, alojamientos y ciencia? ¿Cuánta pobreza desaparecería del mundo al no gastar el dinero en armas y ejércitos? Ganaríamos en bienestar, convivencia, sosiego mental y calidad de vida en general, si en vez de investigar y gastar tanto para la guerra se hiciese para la paz. Mucho ganaría la salud de la naturaleza si se evitase toda la contaminación que provoca la fabricación de armas. Y muchos menos impuestos pagarían los ciudadanos con la consiguiente mejora de sus vidas.

Existe la ONU como organización de las naciones para tratar temas tan trascendentales como estos, pero la ONU, que tiene muchos aspectos positivos, no es capaz de controlar lo que los mismos políticos se niegan a controlar, porque son ellos los que crean los problemas, y no parece probable que rectifique sus propios errores o defectos. En teoría, y con la existencia de la ONU, no debería haber problemas políticos en el mundo,

pero los hay, muchos y muy serios. La ONU, tal como está estructurada ahora, no es la mejor solución. Pero por otra parte habría que preguntarse si el mundo no estaría ahora mucho peor si no hubiera existido la ONU y sus muchas ramificaciones no políticas: FAO, OMS, Unicef, UNESCO, OIT, etc. Algo es algo, pero algo no basta, hace falta mucho más porque nos jugamos mucho.

Nada que objetar a quienes deciden hacer su carrera militar si la hacen con espíritu de servicio y para la defensa de su nación y su gente. Ellos son los que en caso de conflicto arriesgan más sus vidas, y eso es un valor que merece el reconocimiento y la admiración de los ciudadanos. Son valientes, disciplinados, abnegados y dispuestos al sacrificio en defensa de su patria, tanto en paz como en guerra.

Se cita muchas veces en casos de graves conflictos o calamidades el concepto de “comunidad internacional” pero sus acciones se ven poco o no se ven. ¿Existe de verdad una comunidad internacional con poder para moderar a los políticos del mundo en sus infracciones y maldades, no solo bélicas sino humanas y sociales? No lo parece a juzgar por la ausencia de buenos resultados. Al final parece que los que consiguen que el mundo no sufra tanto son los misioneros y las muchas ONGs repartidas por todo el mundo. Gracias a ellos y a la colaboración económica de millones de ciudadanos anónimos, se palía en parte el enorme sufrimiento de esa población mundial doliente a causa de sus malos políticos.

Toda esa gente buena queda desconocida mientras otros, con menos méritos, se hacen famosos, admirados y queridos de las masas, y remunerados con tanta generosidad que ya quisieran muchos misioneros y ONGs recibir tanto dinero como esos ídolos de multitudes, más o menos valiosos o fatuos. Toda esa gente que vive y hasta muere ayudando a los que lo necesitan, son dignos de elogio, de agradecimiento y de ayudas sin límites. Son héroes, pero quedan desconocidos y olvidados. Esto tampoco es civilización.

La emigración crece y crea otro gran problema a los países que reciben a los refugiados y escapados de la muerte y el hambre. Norteamérica y Europa, especialmente, se llenan de esa gente que busca lugares donde vivir mejor. El éxodo dura ya décadas. Ha habido tiempo de pensar, debatir, buscar soluciones y ponerlas en práctica, pero los políticos que reciben o rechazan a los inmigrantes no saben o no quieren resolver el problema en sus raíces, en sus causas. En América, en África y en Asia, hay naciones en las que sus políticos están destrozando a sus ciudadanos con su mala gestión o sus corrupciones. ¿De verdad no saben o no pueden las naciones “unidas” y avanzadas encontrar soluciones para detener este proceso de emigraciones en masa? ¿Es tan difícil influir sobre los malos políticos que empobrecen sus naciones para que cambien sus modos y fines? Parece que ni la ONU ni la UE ni otras organizaciones son capaces de encontrar soluciones. ¿No saben o no quieren? ¿A qué se debe esta incapacidad o esta falta de voluntad?

Para algunas naciones, la recepción de emigrantes es uno de los mayores problemas que no resuelven adecuadamente. Este fenómeno crea situaciones confusas y difusas en las que se mezclan las leyes, los derechos humanos, las tradiciones, las creencias, la sensibilidad humana, la tolerancia, la xenofobia, la economía, el trabajo y la seguridad. ¡Son muchas cosas que considerar! Intentar resolver este gran problema en las consecuencias, es decir, en los países de destino, no puede dar buenos resultados, entre otras cosas porque cuanto mejor se solucione más inmigrantes llegarán hasta crear un grave problema, porque las naciones no pueden acoger a todos los que quieran entrar en ellas, siendo cada vez más los que necesitan o desean hacerlo.

Este fenómeno debe arreglarse en las causas, es decir, en los países del origen de las emigraciones. Es ahí donde esa “comunidad internacional” o esas naciones “unidas” deberían crear sistemas que solucionasen con eficacia la pobreza de los pueblos mal gestionados por sus líderes. Porque en muchos casos,

la solución es tan sencilla como lo es el que esas naciones tengan buenos gobernantes que sepan gestionar su país, al menos en un nivel de sostenibilidad para evitar las emigraciones, y poner a sus pueblos en vías de progreso. Y en esta labor podrían ayudar muchos las naciones ricas y tecnificadas, pero que son en algunos casos las que corrompen a los malos líderes.

Y no se puede omitir el gran esclavizador de la humanidad: la codicia acompañada de la ambición. Si buscásemos todas las causas del mal estado del mundo, encontraríamos muchas, pero hay una que destaca, la codicia de dinero que se acompaña de la ambición de poder. Juntos pueden formar una fuerza devastadora. En el fondo y en la superficie de los grandes y pequeños problemas del mundo está la codicia, desde el pequeño empresario que paga a sus empleados menos de lo debido o se enriquece con el trabajo sumergido, hasta las grandes empresas y financieras, algunas de las cuales son capaces de todo para ganar más y más.

Para los codiciosos, la norma es invertir en los “negocios” más rentables pese a quien pese y caiga quien caiga, ganar más a costa de los demás, cobrar más y pagar menos, exigir más trabajo por sueldos bajos, emplear a menos de los que se precisan... Y si hay desempleo hay pobreza, que es fuente de sufrimientos y de delincuencia cuando se llega a la desesperación.

La codicia se acompaña de todo tipo de males. Se dice que hay gobernantes que se dejan corromper por otros gobernantes y multinacionales corruptoras que consiguen pingües beneficios, pero a costa de la pobreza y miseria de sus pueblos. Quizás sea esta una de las causas del porqué algunas naciones ricas y tecnificadas no quieren mejorar a aquellas de las que sacan abundantes beneficios económicos.

Sería bueno preguntarse si todas estas ilegalidades e inmoralidades de la codicia y de los ambiciosos son posibles gracias a la lenidad de las leyes, de la justicia, a la conveniencia de los políticos, o a todas estas causas juntas. Si se dice que el dinero y el poder van unidos, es posible que los poderes políticos y eco-

nómicos, que son los que rigen el mundo, no tengan mucho interés en exigir legalidad en los movimientos del dinero. Pero si la mayor parte de los males causados por la codicia están en los campos de la inmoralidad y la falta de conciencia, escapan al poder de los jueces. Hace falta entonces cambiar ciertas mentalidades para evitar esas enormes diferencias, de ricos muy ricos, y de pobres muy pobres con falta de lo más indispensable: casa, comida, trabajo, salud, esperanzas...

En la permanente pregunta de quién gobierna el mundo, si los políticos o la codicia, hay respuestas variadas. Si es la codicia cabe pensar que es porque los políticos no saben, no quieren o no pueden domeñar a los codiciosos ni moderar sus excesos. Si son los políticos los que gobiernan el mundo, ¡qué mal lo hacen!

¿Tienen conciencia esas grandes entidades dedicadas al lucro? Empresarios pequeños o medianos pueden escuchar o rechazar sus conciencias cuando contratan y pagan a sus empleados. Son tratos de persona a persona que se hablan y se miran a las caras, y eso puede despertar algunos sentimientos humanos. ¿Pero quién pone la conciencia en las grandes corporaciones, financieras y grupos económicos, ya sean industriales o de medios de comunicación y espectáculos? Puede que en muchas de ellas no haya conciencias porque la responsabilidad "humana" se diluye y desaparece en la complicada trama societaria anónima que solo exige beneficios, sea como sea, porque manda la codicia.

Y la codicia se contagia a los ciudadanos de a pie, que buscan el dinero, unos por no tenerlo para sus necesidades básicas, y otros por querer disfrutar de tantos placeres como ofrece el mercado consumista de las sociedades.

¿Existe una entidad que sea equivalente a la conciencia del mundo? Ya lo son las religiones, pero se pregunta si hay algo más, alguna institución con suficientes bases de juicio y con valor para señalar cada injusticia practicada a gran escala en el mundo por causa de la codicia. ¿Y hay alguna autoridad que

pueda señalar, corregir e incluso castigar a los codiciosos nacionales e internacionales, ya sean financieras, multinacionales o gobiernos, que con sus negocios dañan a los hombres y a la naturaleza? No, no la hay, pero debería haberlo. Al final de este libro hay sugerencias para este problema.

La consecuencia de todo lo dicho es clara: La orientación dada a la humanidad no ha sido la acertada. El mundo de los hombres “civilizados” no ha ido por los mejores caminos posibles. Se ha construido una sociedad basada en una economía que se exige a sí misma un incremento constante, y ha supeitado al hombre a las exigencias de esa economía. El hombre moderno ha terminado siendo esclavo de sus propios sistemas, lo que le ha provocado una deriva que le aleja de la esencia humana y le acerca a ser elemento del sistema creado. Si el mundo ha sido movido y ha evolucionado con las palancas de los poderes económicos y políticos, no cabe duda de que estos, los políticos han tenido gran parte de esta culpa, además de las otras aquí señaladas.

¿Sabes los pueblos lo que hacen al votar a sus políticos? Puede que la democracia tal como ahora se practica haya sido degradada en tal nivel que ya no sea el modelo capaz de llevar a las naciones a la mejora. Hacen falta cambios drásticos en la política para frenar el declive que vivimos. De eso hablamos aquí proponiendo ideas que mejoren la situación. Muchas democracias se han degradado hasta límites vergonzosos y hasta la inutilidad. Peligra el futuro del mundo...

Porque si aceptamos el catastrofismo de algunos autores de ficción y de cineastas que hacen prospectivas del planeta, parece que estamos abocados a una catástrofe en la que los hombres se matarán por un pedazo de carne o por un vaso de agua, y sumidos bajo una dictadura férrea de sangre y fuego. ¿No sería mejor imaginar un mundo de paz, de bienestar y de amor? Sería triste pensar que la única forma de sostener al hombre en el futuro sean las dictaduras, blandas o duras, tecnificadas o

brutales, pero dictaduras al fin, porque las democracias, según los estilos y estructuras actuales, están fracasando.

La alternativa no es, políticos sí o políticos no, tampoco si es democracia, dictadura, monarquía o lo que sea, sino personas dirigentes con una gran capacidad para la gestión política y con el más alto nivel de responsabilidad en el gobierno de las naciones. Para esto hacen falta personas cabales e íntegras que construyan sistemas perfectos para la gestión de los pueblos. El mundo no está formado de simples consumidores sino de seres humanos, y a eso se debería volver allí donde los ciudadanos ya no lo son o están en vías de dejar de serlo.

Y poniendo la denuncia en España encontramos una situación desastrosa. Es el año 2.020. Caos político, el peor sufrido en esta democracia. Gente decepcionada y enfadada, gran desempleo, trabajo precario, economía sumergida en alto grado, salarios bajos, juventud sin expectativas y decepcionadas, inmigración sin resolver, aumento de la cultura “okupa”, Justicia descontenta de los gobiernos y sociedad descontenta con la Justicia, politización de la Justicia, enorme gasto público, enorme población reclusa, conflicto social por ser de izquierdas o de derechas, machismo y feminismo radicales, violencia doméstica, aumento de la delincuencia, mafias, agresiones, violaciones, barrios y edificios dominados por familias o clanes delictivos, cortes de carreteras y calles, bandas juveniles violentas, pensionistas en aumento y dinero en disminución, inmoralidad, escándalo y libertinaje en los medios de comunicación, alcoholismo, botellones, drogas, pueblos vacíos, agricultura y ganadería en crisis, mendicidad en aumento, enormes diferencias entre ricos y pobres, prostitución, adicción al sexo, pornografía, agresiones a funcionarios públicos, miedo al robo con todo tipo de medios de seguridad y alarmas, profesionales inmorales, degradación del lenguaje, desculturización y populismo...

Hay mucha gente buena, la mayoría, pero aumentan la mala gente, que aunque siendo minoritaria, y precisamente por ser mala, se deja notar por sus comportamientos que afectan a

toda la nación, dando de ella una imagen de deficiencias y torpezas generalizadas que no se corresponde con la realidad. Al igual que unos pocos terroristas mantienen el mundo entero en tensión y alarma, un pequeño porcentaje de ciudadanos mal educados o perversos, hacen que una nación entera, como España, viva en la desconfianza y el miedo. Lo malo es que cada día son más los que nos asustan por la mala educación que se recibe y por la blandura de las leyes y de la justicia.

Y está además el gran problema de las autonomías independentistas, la vasca y la catalana, que no hace falta describir por ser bien sabido, y que ha llegado tan lejos gracias a la culpable ayuda de los gobiernos nacionales durante toda la democracia. Ha sido un pecado histórico por su magnitud. Y el problema añadido y consecuente de la captación hacia el separatismo de regiones como Navarra y las Baleares. El problema crece y crece... Ya hay quienes afirman que España solo funciona con dictaduras. ¿Volveremos a ella, para nuestro bien o para nuestro mal?

De la absurda, pueril y destructiva disyuntiva entre la izquierda y la derecha, se hablará más adelante con detalle, porque es la principal causa de nuestra degeneración política, social cultural y humana.

Merece la pena destacar algo que está presente en las mentes de la mayoría de los españoles pero que omiten casi todos los políticos, porque este tema, si se habla, puede ser objeto de reproches y hasta de denuncia por xenofobia. Además, no saben cómo plantearse el problema, si es que lo consideran como tal. Es la presencia musulmana en España y en Europa. España es uno de los países donde mucha gente musulmana tiene destino, y a juzgar por muchos, con una acogida excesivamente generosa en todos los sentidos. Para ellos hay, no solo una tolerancia total sino en muchos casos protección y apoyo material y social. La izquierda se ha hecho señalar en este sentido por el contraste entre su gran respeto a lo musulmán y su desafecto a lo cristiano. Con esta acogida tan generosa, hay ya en España y

en Europa una nutrida población musulmana, que si aumenta puede crear verdaderos problemas en el futuro no muy lejano, y que ya se han presentado en pequeños círculos. Y el número de musulmanes aumenta en proporción a los nacionales dado el bajísimo índice de natalidad de la población española y el alto de los musulmanes.

Nada hay en contra de ellos como personas, como personas, como seres humanos, como ciudadanos, que como tales deben ser tratados. Pero hay tres factores que deben tenerse en cuenta por ser contradictorios con nuestro ser, estar y sentir. Uno es la democracia. Los musulmanes, por su religión, no son tolerantes y por lo tanto no son demócratas ni pueden serlo. Ellos se rigen por principios y reglas religiosas inamovibles y obligatorias. La teocracia es dictatorial como lo fue en algunos tiempos la Iglesia católica al estar regida por personas que por su deformación conceptual no representaban el verdadero mensaje de Dios. El islam y la democracia europea son absolutamente incompatibles. No es posible mezclar políticamente a pueblos, uno tolerante y otro intolerante. Esa mezcla no es posible en términos políticos, aunque lo sea en otros como los humanos. Es imposible una democracia teocrática como lo es una teocracia democrática.

Esta duda está presente en la mayoría de los ciudadanos españoles, que nos vemos impotentes de hacer algo que frene este problemático proceso. Pero al parecer no preocupa a la mayoría de los políticos, que no hablan del tema. Quizás no sepan cómo solucionarlo o les falte valor político para tomar medidas, que si se toman algún día, han de ser legales, democráticas y humanas, sin xenofobia y sin racismo. Pero si se espera, puede que ya sea tarde.

El segundo factor es la marcada discriminación de los musulmanes hacia las mujeres, que choca de forma clara con el sentido de igualdad y de paridad en nuestra cultura. Una democracia y un estilo de vida como el actual no ven con agrado que las mujeres no tengan los mismos derechos que los hom-

bres en los planos legales, políticos, sociales y familiares, mucho menos ahora que se ha despertado un potente feminismo en la izquierda, que por cierto no protesta por la discriminación de la mujer en el mundo musulmán.

En tercer lugar, ha de tenerse en cuenta con respecto a algunos musulmanes, a algunos, su vertiente terrorista, el lado violento que practican por el que amenazan y matan al infiel por el solo hecho de serlo, o que atacan a todo lo que ellos creen que ofende al islam o sus máximos personajes. Los católicos pasaron siglos atrás por esos errores, pero rectificaron, y ahora es el cristianismo la víctima de una parte radical del islamismo en varios lugares del mundo. España ha sufrido ya la brutal violencia de los fanáticos islamistas, los que amenazan con su reconquista, porque ellos dicen que España fue suya, que les pertenece y deben recuperarla. Llevamos años en estado de alerta policial por sus amenazas, con miedo y con muchos agentes activos en las calles para mantener nuestra seguridad. Así no se puede vivir permanentemente. Esto merece una seria reflexión porque es un enorme perjuicio para nuestra sociedad. Si esta intención violenta persiste en algunos de ellos, aunque solo sea en algunos, debe preocuparnos.